

## Lo individual y lo contextual en la búsqueda de factores etiológicos

Luis Carlos Silva Ayçaguer

Vicerrectoría de Investigaciones. Instituto Sup. de Ciencias Médicas. La Habana. Cuba



Vivimos en una época en que el sacrificio de “re milgós” humanistas en el altar de la eficiencia es

cotidiana moneda de cambio, y el “sálvese quien pueda” parecería ser la nueva filosofía de vida que se nos propone, y no pocas veces, se nos impone. Hasta algunas ONGs, surgidas con el propósito de un accionar humanitario, ahora parecen empresas más preocupadas por las finanzas y el funcionamiento eficiente que por conservar la esencia solidaria que les dio vida. El pensamiento científico no escapa del todo a este patrón. Con el genoma humano, por poner un solo ejemplo, por primera vez se intenta conferir formalmente carácter de mercancía a los conocimientos.

Uno de los más perniciosos prejuicios que ha ganado espacio se sintetiza en una especie de postulado según el cual las condiciones ambientales, contextuales, asociadas a variables medidas a nivel de grupos, no representan agentes causales de enfermedad.

Los artículos que concentran su atención en factores individuales de riesgo pueblan las revistas médicas como hongos después de la lluvia. Muchos de ellos se basan en la identificación y exaltación de formas de vida orientadas a superar el origen de ciertos males y previenen contra algunas prácticas o condiciones (colesterol, tabaquismo, obesidad, sedentarismo, etc.) que pertenecen a la esfera de la

conducta; pero resulta por lo menos desproporcionado concentrarse en ellos a la vez que se mantienen ambientes insalubres y espacios contaminados, restricciones objetivas para realizar ejercicios, presiones publicitarias en materia alimenticia y muchos otros condicionamientos sociales dañinos para el desarrollo equilibrado del ciudadano.

Es evidente que los rasgos contextuales pueden y suelen tener impactos globales sobre todos los sujetos abarcados por ellos. Pero no sólo en el sentido en que operan condiciones intrínsecamente ecológicas que, como la contaminación ambiental, afecta a todos los individuos en mayor o menor medida. También ocurre con rasgos globales como el concepto de la pobreza: quien resida en una comunidad empobrecida se verá afectado por todos los condicionamientos globales derivados de ello, tales como violencia o falta de higiene comunal, independientemente de que su nivel económico personal sea más o sea menos elevado.

Esta tendencia ha lastrado a los llamados estudios ecológicos, en los que las mediciones, tanto de factores condicionantes como de daños, se verifican a nivel de grupos o agregados poblacionales y no al de los sujetos que portan dichos factores o sufren los daños.

Tal enfoque ha ido perdiendo su peso específico, y su presencia ha disminuido marcadamente en la investigación epidemiológica contemporánea. Ello se debe en parte al temor que despierta la llamada “falacia ecológica”, pero en buena medida es consecuencia de que ha llegado a considerarse como

un mal menor, sólo admisible cuando las unidades de análisis no pueden ser los individuos. El riesgo de incurrir en tal falacia es real pero, ¿por qué hay que dar por sentado que, en el fondo, siempre se quiere elucidar el problema a nivel individual?

Si en un estudio, por ejemplo, se demostrara que la presencia de niños con bajo peso al nacer es más frecuente en las comunidades con altos índices de desempleo que en las que lo tienen bajo, es cierto que tal vez no pueda concluirse que los hijos de los desempleados nazcan con la condición de “bajo peso” con mayor frecuencia que los de quienes tienen un puesto de trabajo regular, so pena de incurrir en la susodicha falacia. Pero tal vez no haya ningún afán en hacer ese traslado; el interés puede estar legítimamente orientado a evaluar el efecto de ese indicador sobre todos los miembros de la comunidad, tengan o no vinculación laboral remunerada.

Puesto que no hay dudas de que existen factores colectivos cuyo valor etiológico puede ser crucial, y mucho menos, de que ellos podrían modificarse con tanto o más éxito que el alcanzado por los programas que se proponen modificar conductas individuales, los estudios ecológicos deben recuperar su espacio original así como potenciarse los métodos estadísticos integradores de variables medidas a diversos niveles de agregación (análisis multinivel y modelos jerárquicos). En definitiva, cuando alguien muere como consecuencia de un raid aéreo, uno se pregunta ¿lo mató una bomba o lo mató un bombardeo? ■